

BOUTROS-GHALI
ACTO DE INVESTIDURA

INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES Y EUROPEOS
«FRANCISCO DE VITORIA»
MADRID, 1994

ISBN: 84-89315-00-0

Depósito legal: M 40295/1994

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
PREFACIO.....	7
LAUDATIO	9
DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL	15
DISCURSO DEL RECTOR MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD.....	25

PREFACIO

Para cuantos la impulsamos en su día, la investidura del profesor Boutros Boutros-Ghali como Doctor *Honoris Causa* en Derecho por la Universidad Carlos III de Madrid constituye una fuente de enorme satisfacción académica y personal. Así, tras la oportuna sugerencia del Doctor Juan Manuel Castro-Rial, formalicé, en nombre de la Cátedra que ocupó y de los profesores de su área de conocimiento, la petición correspondiente que fue luego aceptada por el Departamento de Derecho Público y Filosofía del Derecho y por la Comisión Gestora de la Universidad, y que recibió siempre el apoyo personal de su Presidente y Rector de la Universidad, Gregorio Peces-Barba.

La *laudatio* pronunciada por el Doctor Castro-Rial refleja perfectamente los dilatadísimos méritos del investido, sin que los propiamente académicos sean menores que los que con toda evidencia puede presentar un tan notable político y diplomático, que ha llegado a ocupar el cargo más elevado de la Organización de Naciones Unidas.

Esa Organización ha constituido durante las largas décadas de la «guerra fría», posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el pilar fundamental sobre el que se construyó un cierto orden internacional, arriesgado y mínimo, que no por cercano pertenece menos al pasado. En él quedaron alumbrados principios irrenunciables que deben presidir también la renovada constitución del orden internacional, cada vez más lejos de todo «estado de naturaleza».

Pero además, todos los hombres y mujeres de buena voluntad tienen derecho a esperar que el «nuevo orden» que se está construyendo sea más solidario que el fenecido, más respetuoso con los derechos de las personas y de los pueblos, en una palabra: más justo. Y en el camino hacia ese objetivo, tienen también derecho a que la autoridad de Naciones Unidas sea reforzada, porque solamente de ese modo parece alcanzable el ideal que las nobles palabras del Doctor Boutros-Ghali preconizan: que el Derecho internacional constituya un Código de paz y civilización a disposición de todos los pueblos y naciones.

Propio es de la condición humana actuar entre luces y sombras. Tan oscuras o más aún que las del pasado, son las sombras proyectadas ominosamente por la crisis de la península balcánica y la guerra civil de Ruanda. ¿Por qué los Estados, los pueblos y las instituciones internacionales han dado pruebas de una tolerancia tan siniestra para con los genocidios allí cometidos?

Sin angelismos ucrónicos, y sin irenismos utópicos así debe proclamarse: no hay orden justo internacionalmente posible sin desarrollo, sin proyección universal de las formas democráticas de Gobierno y sin la protección adecuada de los derechos y libertades fundamentales de la persona, interdependientes, indivisibles y universales. Así lo ha proclamado en nuestra Universidad el Secretario General de Naciones Unidas.

También dentro de ese horizonte y en la compleja perspectiva exterior de España, europea e internacional, hemos creado en la Universidad Carlos III un Instituto de Estudios Internacionales y Europeos, al que hemos denominado «Francisco de Vitoria», recogiendo en ese nombre un alto patrocinio actualmente vacante en la Universidad española. Su marcha acaba de comenzar y sus realizaciones son aún incipientes. No poco es, sin embargo, el apoyo que nos ha aportado el acto cuyo desarrollo queda reflejado en las páginas que siguen.

Fernando M. Mariño Menéndez

Catedrático de Derecho Internacional Público.
Director del Instituto de Estudios Internacionales
y Europeos «Francisco de Vitoria».

LAUDATIO

Magnífico y excelentísimo Rector, señoras y señores Doctores, señoras y señores:

La gustosa obediencia que debo a la indicación amable de nuestro Rector Magnífico, don Gregorio Peces-Barba, alivia mis escrúpulos de tener que hablar, en esta sesión solemne, dedicada al maestro insigne de internacionalistas que es el profesor Boutros-Ghali, que ocupa hoy las más altas cimas de la labor mundial de la paz por el Derecho.

Es muy arduo y subjetivo aprehender, en breves frases, la extraordinaria obra y personalidad del Secretario General de las Naciones Unidas.

Juristas, académicos y diplomáticos, todos hemos de sentirnos atraídos por su magistral ejecutoria, por su dignificación del obrar de la O. I., en la que se muestra tan amante de la concordia, como eficaz fue en su misión anterior de universitario, académico e internacionalista.

En los varios aspectos de su vasta y original obra científica ha disertado siempre con profundidad, talento y arte notables como bien lo evidenció, en diversos foros internacionales y en su condición de Presidente del Instituto de Derecho Internacional, institución más que centenaria, distinguida con el Premio Nobel de la Paz.

Su investigación académica se ha reflejado, desde sus años juveniles, en monografías y artículos, plenos de calidad y exactitud, con una estructura pedagógica, de máximo rigor y con una inclinación singular por las técnicas y cuestiones pacificadoras del orbe entero.

Así, una vez doctorado brillantemente por la Universidad de París, —tenía veinticinco años—, publica pronto, en francés, su primera obra (1949), sobre las «Ententes regionales», seguida ulteriormente de numerosos estudios sobre temas de la Ciencia Política, del Derecho y de las Relaciones internacionales (tales como el «Movimiento afroasiático», la «Integración árabe y la europea», las «Conferencias de los Estados no-alineados», los «Pactos balcánicos», la «Unión Centroamericana», etc.).

Da vértigo tan sólo enunciar el hecho de que, en poco más de cuatro decenios, haya contribuido a la Ciencia universitaria con más de 35 manuales y monografías, en cuatro idiomas, y que su dinamismo creador, y sugerente, haya alcanzado en el mismo período —de 1949 a 1989— la ingente cifra de un centenar de artículos y contribuciones científicas de altos vuelos. Siguen siendo de consulta útil, en Universidades árabes y occidentales, su «Teoría general de las Alianzas», sus múltiples y certeros análisis de: las «Relaciones de la Unión Soviética y la OTAN», la «Seguridad soviética y la Europa oriental», «Los Pactos en el Próximo Oriente» y en el «Sur-Este asiático», los «Acuerdos nucleares», la evolución de la «Política exterior en un mundo en transformación», etc., sin dejar de recordar el tratado de «Derecho diplomático y consular», de curso y consulta en Escuelas Diplomáticas y Cancillerías.

Se sintió atraído intelectualmente, también, hace años, por la acción pacificadora de las Naciones Unidas, revelada ampliamente en sus investigaciones, entre las que cabe destacar sus estudios sobre la «Solidaridad internacional», «El Regionalismo y las Naciones Unidas», la «Declaración de derechos humanos», y «El Derecho (económico y el Derecho) del desarrollo», etc., al igual que su excelente curso de hace más de treinta años y todavía actualísimo profesado en la famosa Academia de Derecho Internacional de La Haya —de cuyo Curatorium es miembro— sobre la «Igualdad de los Estados y las Organizaciones Internacionales».

Naturalmente esa ingente tarea de polígrafo y especialista en cuestiones internacionales, se asienta en su doble e incesante afán docente, como universitario-profesor lo ha sido durante más de treinta y cinco años, y como diplomático participe constante en la acción exterior de su país, como Secretario de Estado, Viceministro y Ministro de Asuntos Exteriores, etc. En este sentido, significativa e importante fue su participación en la negociación y firma de los acuerdos de Camp David, estableciendo la paz entre Egipto e Israel.

Como me decía en El Cairo uno de sus discípulos, para él no hay tiempos perdidos, ni festejos, sólo una actividad ímproba dedicada al trabajo.

Por ello, su experiencia académica y docente, ha sido bien reconocida internacionalmente y consagrada en sus cursos y conferencias impartidos —como

profesor asociado— en más de veinticinco Universidades del mundo (desde Nueva York a Nueva Delhi, de París a La Haya, desde Kuwait y Nairobi a Ginebra, desde Upsala a Montevideo, desde Zagreb a Varsovia, etc.).

El reconocimiento explícito de sus méritos académicos y diplomáticos, registra un cúmulo increíble de distinciones honoríficas y condecoraciones de todos los continentes. Porque Boutros-Ghali es un hombre de ideas y de acción. Baste decir, que tan sólo citando las Grandes Cruces, ostenta más de veinte de países de Africa, Europa, Iberoamérica y Asia, siendo, asimismo, Doctor *Honoris Causa* de las Universidades de Upsala y de París.

Su participación en conferencias, —fue 50 veces Jefe de la Delegación de su país—, reuniones y «Simposia» internacionales, desde 1955 a 1991, alcanza la cifra inusitada de 66 contribuciones personales, bajo los auspicios de Instituciones tan importantes como el Congreso Internacional de Juristas (1959), la Fundación Carnegie (1963), la Unesco, la OIT —de cuyos Comités fue miembro— Universidades e Institutos internacionales (Lovaina, Roma, Milán, Atenas, París, Singapur, etc.), la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París y en Ginebra, durante más de diez años como miembro de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas.

Bien notorio y explicativo, psicológicamente, de su entusiasmo por las relaciones internacionales, es la realidad histórica de que su país, estableciese, desde hace milenios, los grandes principios del Derecho de gentes y de las reglas asentadas en la convivencia pacífica.

Las cláusulas del Tratado de 1278, antes de J.C. entre Ramsés II y Hattousilis (el Rey de los Hititas) (—no agresión, asistencia mutua, extradición, la más antigua definición de la «nacionalidad», etc.—) se encuentran siempre grabadas en jeroglíficos, en el templo de Amón en Karnak.

Al Azhar, una de las más antiguas universidades del mundo, ha hecho de El Cairo el centro más prestigioso en el dominio de la doctrina y de la jurisprudencia musulmana, y experimenta y fomenta hoy, gracias, entre otros al profesor Boutros-Ghali «un resurgimiento» jurídico, en el que se forma y educa a una juventud ávida del respeto de los derechos del ser humano y de la justicia.

Ese humanismo tradicional de su patria y propio del profesor Boutros-Ghali se asocia a la contemplación realista de la actual sociedad internacional. Como nos exponía, el año pasado, en la sesión del Institut de Droit International, en Italia, «el derrumbamiento del muro de Berlín, el fin de la guerra fría, la desaparición del antagonismo Este-Oeste han suscitado, a veces, un sentimiento de euforia jurídica» y nos decía «prematureo y bien efímero». Se ha celebrado, en efecto, con demasiada premura o ligereza, «un nuevo orden jurídico internacional» o una nueva era de paz entre las naciones.

La realidad es otra. Hoy en día los «desgarramientos» dividen a los pueblos en el interior mismo de los Estados. Cada día, pensamos con el profesor Boutros-Ghali, se debe «hacer frente» a conflictos internos, a guerras civiles, a secesiones, a particiones, a confrontaciones étnicas, a luchas tribales.

En la época actual es preciso, por ello, fomentar más y más la diplomacia multilateral en las relaciones exteriores, porque, coincidiendo con el profesor Boutros-Ghali, el multilateralismo es una garantía de la paz, de la paz democrática: fortifica la identidad del Estado, al mismo tiempo que preserva a la sociedad internacional de los grandes peligros que la «acechan»: el ultranacionalismo y el micronacionalismo.

Pensamos también con el profesor Boutros-Ghali y de acuerdo con el ideario del Instituto de Derecho Internacional, al que los dos pertenecemos, que es ineluctable la democratización de la sociedad internacional.

Democracia en el interior de los Estados, democracia en la sociedad de Estados. Y el imperativo democrático en la sociedad interna e internacional debe pasar, más que nunca, por el lenguaje y el dominio del Derecho. De ahí, la importancia de la enseñanza del Derecho internacional –preconizada por la organización internacional– en la formación de la opinión pública, de forma que llegue a ser el patrimonio común de los hombres, de los pueblos, de las naciones.

De hecho, la paz es un estado de espíritu: comienza por la paz en las mentes y en los corazones de los hombres, como nos reitera la Constitución de la Unesco: «puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz».

Por ello, la estabilidad en el concierto de las naciones radica en el conocimiento, difusión y aplicación de los principios del Derecho. Es la única solución efectiva para superar la dialéctica de la paz y de los conflictos, y para que el mundo no siga gastando más en armamento que en la enseñanza pública y se continúe reduciendo la panoplia de las armas nucleares que todavía da pavor y es gigantesca, y se logre el imperio de la ley y la primacía de la cooperación.

Era bien lógico que una figura de esa talla excepcional haya sido elevada, por unanimidad, a la máxima responsabilidad personal de la Organización mundial.

En efecto, en enero de 1992 –a raíz de su nombramiento de Secretario General, diciembre 1991– se reunió la Primera Cumbre del Consejo de Seguridad, a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno, que no se había dado desde la Conferencia Fundacional de San Francisco de 1945.

Los Jefes de Estado y de Gobierno invitaron, entonces, al recién nombrado Secretario General a preparar un «análisis de las recomendaciones» posibles para reforzar y hacer más eficiente la capacidad de las Naciones Unidas. Pocos

meses después –junio– presentaba su «Programa» o «Agenda de la Paz», sobre la diplomacia preventiva, la pacificación y el mantenimiento de la paz, a cuyos temas hubo de agregar, de modo muy original, la «construcción de la paz después de un conflicto».

En la práctica, los decenios de antagonismo de la guerra fría habían imposibilitado la realización de los propósitos originarios de la Organización.

Y la «Agenda de la Paz» significaba un retorno, un reenvío esencial, sin precedentes, al más alto nivel político, a los objetivos y Principios fundamentales de la Carta que era y es urgente actualizar, en las nuevas circunstancias mundiales. Porque desde la creación de la Organización –en 1945–, más de cien conflictos en el mundo habían ocasionado cerca de 20 millones de muertos. Y la Organización era incapaz de afrontar muchas crisis, por causa de los vetos –279– opuestos en el Consejo de Seguridad, en la época anterior de la actitud hostil de las grandes potencias. (Con el término de la guerra fría, no hubo vetos desde mayo de 1990).

Y entre las ideas-fuerza de la «Agenda de Paz» interesa tener presente, en fin, la insistente recomendación favorable a la sumisión de todas las controversias de los Estados al Tribunal Internacional de Justicia, como acaba de hacer el Estado español, (cuya misión Boutros-Ghali considera indispensable reforzar). Todos los Estados –dice– debían «aceptar la jurisdicción general del Tribunal, sin reserva alguna, antes del término del decenio del Derecho Internacional de las Naciones Unidas, en el año 2000».

Y en su memoria dirigida a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad, analizaba, el profesor Boutros-Ghali, la índole global de la problemática de las relaciones internacionales, considerando ineludible, entre otros múltiples objetivos, defender con energía a los países más pobres, prestar más socorro humanitario, resguardar mejor los derechos humanos y los derechos de las minorías, proteger el medio ambiente mundial.

En consecuencia tres son los objetivos concretos que en la mente del Secretario General se complementan y refuerzan mutuamente: la paz, el desarrollo y la democracia. Sin paz no puede haber desarrollo, ni democracia. Sin desarrollo no tendrá base la democracia y las sociedades tenderán a entrar en conflicto. Sin democracia no puede haber un desarrollo genuino; sin ese desarrollo, no puede perdurar la paz. Ciertamente, cuando según anuarios oficiales, más de la mitad de la población mundial muere de hambre, comprendemos que no puede haber paz verdadera sin desarrollo para todos. Era bien lamentable que hace unos años el gasto mundial en armamentos superase la cifra de 600 mil millones de dólares, mientras la ayuda a los países pobres no rebasó la cifra de 30 mil millones.

Afortunadamente sigue en pie la esperanza del «renacimiento» de las Naciones Unidas, por el que lucha tanto el profesor Boutros-Ghali y a las que se le pide que lleve a cabo una proporción cada vez mayor de la labor pública internacional. Es evidente que la Organización, no puede resolver los grandes problemas que surgen en el plano internacional a menos que cuenten con la voluntad política, la medida de apoyo necesaria y la adhesión constante de todas las naciones.

Porque las Naciones Unidas, pese a todo, siguen siendo la mejor esperanza de la humanidad en su esfuerzo por alcanzar la convivencia pacífica universal.

Si como decía Pasteur, hemos de estimar al hombre por lo que hay en él de eterno que es su ética y su esfuerzo, observamos en Boutros-Ghali esas virtudes en la valoración moral que hace de los hechos internacionales. Para él la Historia de los pueblos no es mera erudición, sino la investigación serena de las causas que originan los hechos, la reflexión y el estudio del hombre: es decir, le motiva e inspira constantemente el espíritu del humanismo, generosidad y solidaridad, todos los hilos y todas las antenas que unen nuestra sensibilidad con el dolor de los otros hombres y del mundo, lo cual fomentó también, como Vicepresidente de la Internacional Socialista.

Si como hablaba Diógenes y pensaba Séneca, hace ya muchos siglos, como una dichosa aspiración, la de ser «ciudadano del mundo», ese idealismo universalista está siempre en la mente de Boutros-Ghali porque, para él, la universalidad no consiste en convertir a la humanidad en una masa homogénea, sino en construir con cada localismo, la sólida y auténtica pieza de un engranaje único, universal que funcione bien y para todos. Como decía un clásico español «el hombre es mejor a medida que es más universal».

Por todo ello solicito –como propuse en su día– la investidura como Doctor *Honoris Causa* del profesor Boutros Boutros-Ghali.

Juan Manuel Castro-Rial Canosa

Embajador de España.

Catedrático Emérito de Derecho Internacional Público.

Antiguo Presidente del Instituto de Derecho Internacional.

**DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL
DE LAS NACIONES UNIDAS
CON MOTIVO DE LA ENTREGA
DEL DIPLOMA DE DOCTOR HONORIS CAUSA
DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III**

MADRID, 15 DE ABRIL DE 1994

Señor Rector, excelencias, mis queridos colegas, señoras y señores, queridos amigos,

La gestión cotidiana de los asuntos del mundo me proporciona raras veces la ocasión de disfrutar de momentos como el que ustedes me ofrecen hoy. Momentos en los que puedo experimentar el honor de recibir un grado académico tan prestigioso y, al mismo tiempo, saborear el placer de encontrarme en comunidad. En el mundo universitario, que es profundamente el mío.

Por lo tanto les expreso mi gratitud, a usted, señor Rector, y a todos los responsables de la Universidad Carlos III, por haber creído que debían distinguirme.

Les estoy también muy agradecido porque esta impresionante manifestación me proporciona además la ocasión, como Secretario General de las Naciones Unidas, de dar a conocer mejor los objetivos y la acción de la Organización mundial cuya carga me han confiado los Estados.

Si en este momento de la Historia los Estados han sentido la necesidad de colocar a la cabeza del Secretariado de las Naciones Unidas a un hombre que es universitario y diplomático al mismo tiempo, quizá sea porque sentían confusamente que el período presente es tanto el de la reflexión como el de la acción.

En efecto en algunos años nuestro mundo ha experimentado una tal aceleración de la Historia que los valores y las normas en las que se basaba tradicionalmente la Sociedad internacional se han alterado profundamente.

Es forzoso reconocer que, en muy poco tiempo, el mundo ha pasado de la euforia al pesimismo. La caída del muro de Berlín y el fin del antagonismo Este-Oeste habían dejado vislumbrar unos horizontes de paz insospechados y un futuro radiante. Pero el aumento de los micronacionalismos y de la intolerancia han transformado muy pronto y radicalmente esta visión del porvenir.

Por eso estamos hoy constantemente divididos entre la esperanza de ver que aquí y allá se arreglan antiguos conflictos y el temor de ver que en otra parte surgen nuevas fuentes de tensión nacidas de guerras civiles, de enfrentamientos tribales o de conflictos étnicos.

En la opinión pública, la Organización de las Naciones Unidas padece muchas veces los azares de esas turbulencias del mundo. Esa es la razón de que unas veces sea alabada y otras censurada, lisonjeada o criticada. La verdad es que esto no es nada asombroso. La Organización de las Naciones Unidas representa la suma de los ideales a los que nos adherimos como comunidad humana. Y todo el mundo se siente herido cuando se escarnecen esos ideales en alguna parte del mundo.

Yo mismo siento muchas veces esa herida, pero sé que los caminos de la paz, del desarrollo y de la democracia son largos y están llenos de trampas. Cada día nos convence de que la diplomacia mundial es un asunto de larga duración y que exige una paciencia infinita. Porque solamente a pequeños pasos, constantemente repetidos, se podrán realizar los grandes objetivos enunciados en la Carta de las Naciones Unidas.

Y comprendo que la opinión pública pierda a veces el valor y la paciencia y que le cueste trabajo captar, entre los infinitos entrelazamientos de la vida internacional, las grandes líneas que guían la acción de la Organización mundial.

Estas dificultades son aún mayores porque los Estados todavía no han hecho nacer los conceptos y las referencias necesarias para pensar el período actual, para pensar la posguerra fría.

Y todo el mundo busca las vías para un nuevo orden mundial.

Ahora bien, esta misma noción de orden internacional está cargada de una profunda ambigüedad. Porque se sabe que el concepto de orden mundial —si es que hay uno— cumple diversas funciones en la vida de los Estados y de los pueblos.

Contiene al mismo tiempo una dimensión política y una dimensión ideológica, una dimensión económica y una dimensión social, una dimensión histórica y una dimensión cultural. Lo mismo puede servir de argumento jurídico a los Estados más poderosos como de discurso militante a los Estados más débiles. En resumen, lo que llamamos orden internacional es tanto la expresión de una relación de fuerza presente como la idealización de una sociedad futura.

Además, debemos tener siempre presente en la mente el hecho de que el orden internacional ya no debe regir de ahora en adelante una sociedad interestatal, sino una sociedad fundamentalmente transnacional. En efecto, durante mucho tiempo hemos concebido el orden internacional como un orden político y sedentario. Ahora tenemos que aprender a captar y ordenar también un mundo económico y nómada. Hoy en día, la circulación de las riquezas es un movimiento tan importante como lo era ayer el dominio de las zonas.

Por lo tanto tenemos que reflexionar sobre reglas que puedan tener en cuenta no sólo la voluntad de los sujetos políticos, sino también el comportamiento de los agentes económicos, y que puedan superar las inevitables contradicciones entre la lógica del territorio y la lógica del capital.

Finalmente tenemos que saber que este orden internacional tendrá que desarrollarse ante los ojos del mundo. En efecto, la difusión de imágenes e ideas a través de los modernos medios de comunicación han modificado por completo la visión tradicional que teníamos de las realidades internacionales. Ciertamente, hoy estamos mejor informados de los asuntos del mundo que ninguna otra civilización de las que nos han precedido. Pero esta información exige por nuestra parte un trabajo permanente y una atención constante, so pena de ver que la imagen se convierta en espectáculo y la información en un instrumento de manipulación.

Es decir, la necesidad —o mejor aún, la urgencia— de replantearnos las reglas de nuestro devenir colectivo e intentar insuflar, si no una moral, por lo menos un mínimo de racionalidad en la conducta de los actores de la vida internacional.

La Organización de las Naciones Unidas no ahorra esfuerzos en esta tarea. Precisamente yo querría reflexionar ante ustedes durante unos instantes acerca del papel que desempeña la Organización mundial en la emergencia de las nuevas reglas.

En efecto, hay que tomar conciencia de que el Derecho internacional contemporáneo experimenta considerables modificaciones que le afectan en lo más hondo de sí mismo y que se refieren tanto a las instituciones internacionales como a las normas jurídicas.

* * *

En el ámbito institucional, las organizaciones internacionales se han encontrado profundamente alteradas por el nuevo contexto en el que se desarrollan actualmente las relaciones entre los Estados, como consecuencia de la fragmentación de la Unión Soviética, del fin de la política de bloques y de la aparición de nuevas potencias.

Estos fenómenos tienen considerables efectos sobre la Organización de las Naciones Unidas, que se ve obligada a efectuar una profunda y permanente reflexión sobre sí misma.

Esta reflexión se refiere, en primer lugar, a la representatividad de sus órganos, y especialmente a la propia composición del Consejo de Seguridad.

Recientemente he tenido ocasión de lanzar una amplia encuesta ante los Estados miembros para recoger su opinión al respecto. Todos parecen estar de acuerdo en que es preciso que el Consejo de Seguridad siga siendo un órgano restringido para conservar su eficacia, pero que al mismo tiempo se abra más para afianzar su legitimidad. Sin embargo las modalidades de esta reforma, la elección de los nuevos actores y el estatuto que se les puede otorgar siguen siendo cuestiones todavía muy discutidas.

En este mismo momento se desarrollan dentro de la Organización mundial debates jurídicos apasionantes y apasionados acerca de este tema. También es verdad que esta eventual reforma del Consejo puede afectar en profundidad al funcionamiento mismo de la Organización. Todos estarán de acuerdo en que se trata de una cuestión de crucial importancia.

Dentro del mismo espíritu, la Organización de las Naciones Unidas está actualmente obligada a reflexionar con agudeza acerca de los poderes y de la distribución de competencias entre algunos de sus órganos principales.

También en ese aspecto y por esa misma razón, el Consejo de Seguridad, que ya ha recuperado la totalidad de las funciones que le fueron asignadas en la Carta, debe adoptar un nuevo ritmo y nuevos métodos. Al contrario que en el pasado, en el que sus sesiones estaban claramente delimitadas, el Consejo está actualmente obligado a celebrar sesión de manera prácticamente continua. Su estructura de trabajo se ha convertido en la de una «célula de crisis» que trata de forma cuasi permanente las situaciones internacionales a medida que van apareciendo.

De esa forma, el Consejo está en situación de seguir más de cerca y de manera más coherente las diferentes amenazas a la paz y a la seguridad internacionales en todo el mundo. Pero pueden nacer dificultades de este nuevo concepto de su papel que tiene el Consejo. En efecto, está claro que las operaciones inmediatas destinadas a responder con urgencia a las crisis internacionales, en el conjunto del planeta, deben ir a la par de una comprensión global de los múltiples problemas del mundo actual.

Por lo tanto estoy a favor, ya lo he manifestado, de que el Consejo celebre reuniones periódicas a nivel ministerial. No hay duda de que el Consejo ganaría en eficacia y en autoridad.

Asimismo, me parece necesario que el Consejo de Seguridad celebre sesiones formales con más frecuencia con el fin de informar lo mejor posible al conjunto de los Estados miembros. De esa forma recibiría un mejor apoyo.

Por otra parte, esta nueva situación del Consejo de Seguridad hace nacer o renacer nuevos interrogantes jurídicos. Concretamente los siguientes: el Consejo, seguro de la unanimidad de sus miembros permanentes, ¿Tiene poderes ilimitados? ¿Hasta dónde puede extender sus competencias? ¿Es el único dueño de la interpretación de sus propios poderes? ¿Están sus actos exentos de todo control? Hay cuestiones jurídicas muy complejas y que no tienen nada de académico porque afectan directamente a las modalidades del poder de decisión, a escala mundial.

Finalmente hay que volver a examinar ampliamente los lazos institucionales y funcionales que mantiene el Consejo de Seguridad con el Secretario General. La Carta de las Naciones Unidas fija esta relación compleja en algunos artículos. La práctica se ha encargado de ampliar el sentido.

Pero día tras día aparecen situaciones inéditas que necesitan nuevas interpretaciones por parte de los principales actores de la Organización. También en este caso se trata de problemas esenciales porque conciernen a la preparación y modalidades de ejecución de las decisiones del Consejo. Por lo tanto afectan directamente a la eficacia y la credibilidad de la Organización entera.

* * *

Todavía podría mencionar otros muchos campos en los que hay que replantearse las reglas de Derecho en el plano institucional. Pero ahora querría hacer hincapié en uno de los temas de preocupación más fundamentales del nuevo orden institucional del futuro, ya que se refiere al sujeto principal del Derecho internacional, es decir el propio Estado.

En efecto, tenemos que convencernos de que el orden internacional del futuro deberá plantearse en una sociedad internacional que duda de sus propias estructuras y, singularmente, de la primera de ellas: el Estado.

Decididamente, el siglo veinte no sólo habrá sido el de la fragmentación de los imperios, cuyas consecuencias no hemos acabado de vivir y de experimentar. También es el de los recelos hacia el Estado-nación.

Aquí, algunos pueblos, en medio de trágicos balbuceos, intentan conciliar la racionalidad del Estado y los impulsos del micronacionalismo. Y debemos

planteamos gravemente la cuestión de saber si el principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos no corre a veces el riesgo de favorecer en cierto modo la aparición de esos micronacionalismos, en contra de la idea que todos tenemos del Derecho internacional.

En otros lugares es la propia realidad del Estado la que se derrumba. Algunos Estados en desarrollo han llegado a tal situación de desestructuración que a veces les falta uno de los elementos constitutivos esenciales que le atribuimos normalmente al estatuto del Estado. Eso puede tener consecuencias incalculables, ya que esta decadencia de las instituciones puede hacer resurgir o renacer solidaridades primitivas, muchas de las cuales son, desgraciadamente, portadoras de fanatismos y exclusiones. Por lo tanto se le plantea a la Comunidad internacional la cuestión de saber cómo encargarse de esos Estados en quiebra.

Estas son, señor Rector, señoras, señores, algunas cuestiones institucionales esenciales del Derecho internacional actual y que me permito someter a su reflexión, ya que forman parte cada día de los interrogantes que son los míos.

* * *

Pero actualmente se nos abren otros campos del Derecho internacional contemporáneo. Concretamente todos los nuevos aspectos normativos que debe captar.

En ese ámbito, secciones enteras del orden jurídico sufren mutaciones profundas.

Están naciendo nuevas reglas —o al menos nuevas prácticas— que se refieren tanto a la gestión de los territorios como a las nuevas tecnologías o la comunicación...

Respecto a todas estas cuestiones, se sabe el papel que desempeña la Organización de las Naciones Unidas en la gestación y aparición de un nuevo Derecho internacional. A veces reúne amplias Conferencias internacionales que permiten hacer aparecer nuevas reglas de derecho positivo. Como, por ejemplo, del Derecho del mar.

A veces favorece la codificación o el desarrollo progresivo del Derecho internacional en campos tan importantes como la responsabilidad internacional de los Estados, sus inmunidades jurisdiccionales o incluso los crímenes contra la paz y la seguridad de la Humanidad, para los cuales un proyecto de código está en el orden del día.

La ONU también puede acelerar la aparición de un Derecho prospectivo en los campos más punteros y más innovadores de la vida económica internacional. Pienso concretamente en las reglas aplicables a los contratos internaciona-

les, respecto a los cuales la Organización mundial hace un notable trabajo de uniformización, sin que la opinión pública sea siempre consciente de ello, y cuyos efectos prácticos son considerables.

* * *

Pero hay todavía más. Hoy día tenemos el deber de mirar de distinta manera los grandes objetivos de la Comunidad internacional. Y concretamente las reglas de Derecho destinadas a preservar la paz, a promover el desarrollo o a favorecer la democracia.

En el campo de la seguridad internacional, ya he esbozado en la «Agenda para la Paz» que he sometido al Consejo de Seguridad las vías por las que la Organización mundial está en condiciones de comprometerse. He tenido ocasión de mostrar que la misión de paz asignada a la Organización de las Naciones Unidas constituye un proceso continuo y permanente que va mucho más allá de la idea tradicional de la paz, concebida únicamente de manera negativa como la ausencia de guerra.

La paz, a mi modo de ver, supone para la Organización cuatro tipos de acción: la diplomacia preventiva, el restablecimiento de la paz, el mantenimiento de la paz y la consolidación de la paz tras los conflictos.

La diplomacia preventiva tiene por objeto evitar que surjan diferencias entre las partes, impedir que una diferencia existente se transforme en conflicto abierto y, si estalla un conflicto, hacer de manera que se extienda lo menos posible.

En cuanto al restablecimiento de la paz, se propone acercar a las partes hostiles esencialmente por los medios pacíficos previstos en el capítulo VI de la Carta de las Naciones Unidas.

Se sabe en qué consiste el mantenimiento de la paz, ya que la presencia de las Naciones Unidas en diferentes terrenos de operación tiene lugar actualmente bajo la mirada del mundo y los medios de comunicación.

En cuanto a la consolidación de la paz tras los conflictos, me parece una medida esencial para crear, en los países arrasados por la guerra, estructuras apropiadas para reafirmar la paz y evitar de esa forma una renovación de las hostilidades.

Desde la caída del muro de Berlín, se sabe cuántas de esas modalidades de acción han puesto en práctica las Naciones Unidas. En el espacio de cinco años, la Organización de las Naciones Unidas ha desplegado más operaciones de mantenimiento de la paz que durante los cuarenta años anteriores.

Querría aprovechar esta ocasión para rendir públicamente homenaje a los cascos azules españoles que sirven actualmente bajo los colores de las Naciones

Unidas. En este mismo momento hay más de mil de ellos sobre el terreno. Sé de su dedicación y su abnegación.

Pero esta efervescencia de la Organización de las Naciones Unidas al servicio de la paz necesita, además, el desarrollo de reglas de Derecho adaptadas a esta nueva coyuntura. Hay muchos capítulos en la Carta, entre los más esenciales —el capítulo VI, el capítulo VII, el capítulo VIII— que piden muchas clarificaciones y precisiones. Y la práctica, aquí o allí, se encarga constantemente de inventar nuevas situaciones.

* * *

Pero tenemos mucho por hacer en el campo del Derecho internacional del desarrollo.

Con frecuencia se ignora la considerable acción llevada a cabo por la Organización mundial en favor del desarrollo. La ONU dedica alrededor del 30 por 100 de su actividad al mantenimiento de la paz, pero el resto está ampliamente dedicado al objetivo del desarrollo económico y social.

En estos mismos momentos y a petición de la Asamblea general de las Naciones Unidas, estoy preparando una «Agenda para el desarrollo» que debería permitir que se le dé un nuevo impulso a nuestra acción en ese campo.

Si no tenemos en cuenta el imperativo de desarrollo solidario faltaríamos al compromiso que tenemos con la Historia.

Pero para llevar a cabo lo que yo querría llamar «una nueva ética del desarrollo» tenemos que adaptar los esquemas, los métodos y las acciones a las realidades geopolíticas y técnicas del mundo actual.

La fragmentación del tercer mundo que hace aparecer una multiplicidad de situaciones diferenciadas, la metamorfosis de los países del Este y su integración en los circuitos económicos mundiales, la aparente victoria de la economía de mercado tanto en el aspecto normativo como en el práctico, transforman profundamente las relaciones económicas internacionales y nos imponen renovar nuestras maneras de pensar el desarrollo.

Pero no basta con forjar un nuevo pensamiento internacional del desarrollo. También hace falta que la Comunidad internacional se dote de los medios de llevarlo a cabo. Precisamente a la Organización de las Naciones Unidas le corresponde recordar a cada Estado —tanto a los países industrializados como a los países en desarrollo— la exigencia de sus deberes.

Es la ONU la que tiene que hacer que todos comprendan cuántos son los esfuerzos de todos los Estados miembros, la reciprocidad bien comprendida y la puesta en práctica de una verdadera solidaridad que hagan posible un desarrollo

duradero y equitativo del que el conjunto de la Comunidad internacional obtendrá dividendos a largo plazo.

Desde ahora es necesario que el Derecho internacional del desarrollo recupere fuerza y vigor en la práctica de los Estados.

* * *

Finalmente y para terminar querría decir algunas palabras de un nuevo Derecho que actualmente se esboza y al que me gusta llamar el Derecho internacional de la democracia y los derechos del hombre.

En la defensa de los derechos del hombre no basta el activismo del momento. Y la Organización de las Naciones Unidas se condenaría a muchos fracasos y desilusiones si se agotara, casi caso por caso, defendiendo en todo el mundo los innumerables ataques que se producen a la persona humana.

En un auténtico proyecto político debe inscribirse una verdadera diplomacia de los derechos del hombre, a escala del planeta. Para mí ese proyecto lleva un nombre: se trata de la democracia. ¡Sí, estoy convencido de que el proceso de democratización no se puede disociar de la protección de los derechos humanos!

Desde hace varios años, la Organización de las Naciones Unidas pone en práctica medidas operativas y concretas para promover conjuntamente la democracia y los derechos humanos. Estas acciones se han elaborado sobre las bases jurídicas más diversas y a medida que surgían las necesidades. Pero todas coinciden en el mismo objetivo.

Bajo esta perspectiva, se puede considerar que el lazo entre democracia y derechos humanos aparece en primer lugar en los nuevos cometidos confiados a los cascos azules de las Naciones Unidas. En efecto, la mayoría de las operaciones de mantenimiento de la paz prevén actualmente el restablecimiento de la democracia al mismo tiempo que la protección de los derechos humanos.

Con el mismo espíritu, la Organización ya les ofrece a los Estados que la piden una verdadera ayuda electoral. En sólo dos años, más de cincuenta Estados miembros han solicitado la ayuda de la Organización.

También habría que insistir acerca de la importancia de la diplomacia preventiva y acerca de las misiones de buena voluntad o de buenos oficios que pueda llevar a cabo la Organización ante gobiernos para ayudarles a resolver crisis políticas, o para intentar evitar que sobrevengan en el país acontecimientos que atenten contra la democracia y los derechos humanos.

* * *

Si he querido reflexionar ante ustedes acerca de las nuevas perspectivas del Derecho internacional contemporáneo ha sido porque actualmente se nos ofrece en ese aspecto un campo inmenso de interrogación e imaginación.

Es importante que sepamos crear las nuevas reglas que enmarcarán el orden jurídico que ahora deseamos ver aparecer.

Pero querría ir más lejos. Ya que el Derecho internacional es verdaderamente el vehículo de las aspiraciones y los valores que los Estados quieren insuflar en la sociedad internacional del futuro, llegará a ser más que un lenguaje entre los Estados. Llegará a ser un verdadero código para uso de los pueblos y las naciones.

Quizá deberíamos pensar en ello con más frecuencia y, de la misma manera, en el papel que puede desempeñar la enseñanza del Derecho internacional en la formación de la opinión pública. En efecto, sería empequeñecedor no ver el Derecho internacional sino como un programa para uso de estudiantes dentro de la Universidad.

El Derecho internacional del futuro debe ser también un amplio manual de instrucción cívica para uso del planeta. Una forma de movilización de todas y todos hacia lo que es nuestro destino común, estoy convencido de ello. Entonces el Derecho internacional, de alguna manera, habrá alcanzado su punto de asunción. Y al dejar de ser únicamente el lenguaje de los Estados se convertirá también en el patrimonio común de los hombres, de los pueblos y las naciones.

Les agradezco su atención.

Boutros Boutros-Ghali

Catedrático de Derecho Internacional
en la Facultad de Ciencias Políticas
y Económicas de la Universidad
de El Cairo.
Secretario General de la ONU.

DISCURSO DEL RECTOR MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD

Señoras, señores Doctores, excelentísimos e ilustrísimos señores, queridas amigas y queridos amigos.

Para el Rector de esta Universidad y para el Claustro de Doctores que me honro en representar con estas palabras, es un honor y un halago de la fortuna recibir en el seno de nuestra Academia a un tan distinguido profesor, y precisamente por sus características docentes e investigadoras y que a su vez encarna a la más importante, más noble y más representativa de las organizaciones internacionales que defiende de manera eminente la paz y los valores de la libertad y de los derechos humanos en la Comunidad de los Estados y de los pueblos del mundo.

Este doctorado *honoris causa* expresa el reconocimiento de esta Universidad a un filósofo, jurista y politólogo, que es Secretario General de la ONU, pero no es un galardón político, sino científico y por sus méritos en ese campo, especialmente en el ámbito del Derecho internacional, de las relaciones internacionales y de los derechos humanos, como ha glosado exhaustivamente el profesor Castro-Rial.

Desde la ética de la convicción de los intelectuales, está actuando con gran inteligencia y sentido práctico en el ámbito de la ética de la responsabilidad de la política internacional. Una de las reflexiones históricas más persistentes desde el filósofo Rey de Platón, hasta las consideraciones de Weber, Manheim, Benda, Croce o Bobbio, pasando por Rousseau o Kant, es la de la relación del intelectual, del científico, con el poder. Sobre ese tema se han escrito ríos de tinta, y existen las más ricas y amplias experiencias históricas. Los reproches de Romain

Rolland a los intelectuales franceses que se comprometieron con la razón de Estado en la Primera Guerra Mundial, o la diatriba de Benda contra la «trahison des clercs», que consideraban que su reino no era tampoco de este mundo, son los modelos extremos de una relación que no ha sido siempre fácil, ni cómoda para un auténtico intelectual. O divorcio o servidumbre parecen los dos reduccionismos a evitar. En mi opinión, y también en mi experiencia personal un intelectual, puede estar durante algún tiempo, dedicado al servicio público y al interés general, pero el contacto con el poder durante todo el tiempo puede llegar a desvirtuar la condición intelectual. Ese cansancio de la dura acción política, Vigny lo expresaba hermosamente en los endecasílabos de su Moisés.

«Seigneur vous m'avez fait puissant et solitaire
Laissez-moi, m'endormir du sommeil de la terre»

El Doctor Boutros-Ghali ha equilibrado sensatamente, en su rica y fecunda vida, su actividad como hombre de pensamiento y como hombre de acción, combinando el ocio de pensar el mundo con la fatiga de construirlo. Desde lo que Croce llamaba la «forza non politica», desde la fuerza moral, que es la fuerza del hombre de cultura, está contribuyendo a racionalizar el poder, las pasiones y la violencia que son, aún, las fuerzas desatadas en ese estado de naturaleza en que los países viven, en espera del «pactum unionis» universal y del «pactum subjectionis» con que soñó el Kant de «La paz perpetua».

Pero como intelectual y como científico sabe también que la acción política es un camino imprescindible para la civilización y para crear unas estructuras sociales que permitan el desarrollo moral de todas las personas, para que cada uno pueda elegir libremente su plan de vida y las estrategias de su felicidad. Y estamos aún tan lejos de alcanzar esa meta, de conseguir esos objetivos que los compromisos en la acción práctica, buscando buenas razones y luchando por su implantación, es el altruismo limitado pero imprescindible que se debe pedir a todo hombre de pensamiento, y que el doctor Boutros-Ghali, encarna de manera eminente. Entre el intelectual que ha estudiado toda la vida y que sabe todas las respuestas posibles, pero nadie le pregunta, y aquellos pragmáticos de la acción, que sólo actúan por la ilusión del éxito inmediato, y que no saben dar ninguna respuesta, están los ideólogos y los expertos, los especialistas en los fines y los especialistas en los medios. Son los que saben, al menos algunas respuestas y que son objeto de muchas preguntas. El Secretario General de la ONU, es un papel ideal para un profesor, que se compromete, pero no con valores partidistas, sino con ideales institucionales, que participa en la lucha por la libertad, pero desde ese punto de vista que le permite otear la totalidad y evitar la fragmentación.

Y le recibimos, querido profesor, en una joven Universidad que no ha perdido el impulso utópico, que aún no tiene el cansancio de la tradición, y que aún soporta el peso de sus estructuras, que asume los valores de la Ilustración y de la modernidad, que los cree vivos y necesarios, que pretende formar no sólo técnicos, ni profesionales, sino también ciudadanos, y que arde con una pasión investigadora de todos los claustros, que como niños grandes, están dispuestos, todos los días, a luchar por descubrir hasta los hechos incómodos. Es una Universidad pública, y por consiguiente laica, sin fes militantes que defender, ni éticas autoritarias que respetar y obedecer, amiga como Aristóteles de Platón, pero igual que él, más amiga de la verdad, aunque sabemos que es huidiza e inabarcable como totalidad, y que si cerramos la puerta a los errores corremos el peligro de dejarla también fuera.

Es, por fin, un servicio público que se honra en atender a sus usuarios, con todos sus profesores dedicados a tiempo completo y con unos funcionarios y trabajadores que anteponen el interés general a sus intereses particulares. Por fin es una Universidad con alumnos serios y responsables, conscientes del esfuerzo económico que supone para la Comunidad cada puesto escolar, y lo que se espera de ellos y de su trabajo.

A este colectivo os incorporais desde hoy, y nos honrais con vuestro ejemplo y con vuestro magisterio, en la hermosa fila de los Doctores *Honoris Causa*, que hemos ido nombrando a propuesta de los diversos departamentos y exclusivamente por razones científicas y académicas.

Monsieur le professeur, Monsieur le Secrétaire General, j'espère que votre lien avec l'Espagne, se renforce avec cette nomination, qui honore à notre Académie, et que d'ores en avant la collaboration scientifique, en matière de Droit international, au sein de notre Institut Francisco de Vitoria, et en matière de droits de l'homme au sein de notre Institut Bartolomé de las Casas, sera réelle et effective. En tout cas vous êtes déjà très présent dans ce cœur collectif, et dans ce dépôt de raison que notre Académie de docteurs représente. Et finalement, professeur Boutros-Ghali, soyez sûr que vous êtes aussi dans notre estime et dans notre considération au plus haut niveau possible, celui que vous méritez par votre intégrité morale, par votre valeur intellectuelle et par votre effort en faveur de la paix partout dans le monde.

Ruego a las señoras y señores Doctores que se pongan en pie para despedir el acto con el «Gaudeamus Igitur».

Gregorio Peces-Barba Martínez

Catedrático de Filosofía del Derecho, Moral y Política.
Rector de la Universidad Carlos III de Madrid.